

Paula Gallego

*La tinta  
que  
nos une*

CROSS  
BOOKS

Paula Gallego

# La tinta que nos une



CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrojuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Paula Gallego  
© de la imagen de cubierta: Shelley Richmond / Trevillion Images  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
© Editorial Planeta, S. A., 2020

Primera edición: febrero de 2021  
ISBN: 978-84-08-22700-7  
Depósito legal: B. 7.291-2020  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## Le Libéré

15 de enero de 1950. París

Una luz en la ventana

A quien lea:

Cuando vuelvo a casa de madrugada, me gusta hacerlo despacio. Sé que es peligroso, que podrían arrestarme o que alguien me hiciera daño, pero merece la pena. A pesar de los riesgos que entraña el cielo nocturno de la Ciudad de las Luces, suelo detenerme un poco en cada manzana, lo justo para alzar la vista y contar las luces que hay encendidas en cada casa: una, dos, tres... Solo lo hago cuando es realmente tarde, cuando la mayoría de las personas duermen y apenas quedan hogares iluminados.

Me gusta preguntarme qué harán despiertas esas personas, y juego a imaginar cómo serán sus vidas. ¿Madrugarán mañana, o tendrán todo el día para recuperar estas horas de sueño? Quizá esa mujer de andar cansado se levante ahora, aunque todavía no haya amanecido, porque debe ir a trabajar. Tal vez ese joven se haya desvelado y solo quiera beber un poco de leche antes de volver a acostarse. A lo mejor esa chica tan guapa y despeinada acabe de hacer el amor con su pareja.

Puede que alguien, ahí arriba, se asome por la ventana

incapaz de conciliar el sueño y me vea con el largo vestido de fiesta y los tacones en la mano. Puede que se pregunte qué hago sola a esas horas de la noche y juegue también a imaginar una vida para mí.

Tal vez me vea en un gran espectáculo de la Ópera, codeándome con aristócratas y artistas, fumando cigarrillos caros y bebiendo champán en uno de los palcos. Podría imaginar que ahora llegaré a casa, me quitaré el vestido, el maquillaje, y dormiré durante horas hasta que no quede ni rastro del alcohol, los excesos y las indiscreciones que quizá haya cometido.

Puede que imaginen otras vidas para mí, pero ninguna rozará siquiera la realidad. Incluso si me mirasen y adivinaran de dónde vengo esta noche, nadie que no termine de leer estas estas páginas conocerá del todo mi historia.

La verdad es que no tuve una infancia sencilla y que haría lo que fuera para que mi hijo sí la tuviera.

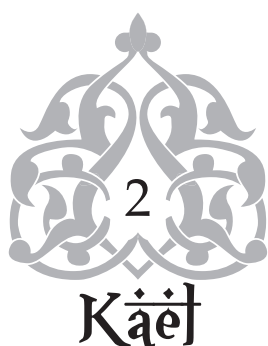
Soy una mujer que ha sido madre demasiado joven.

Soy una madre que no tiene miedo de caminar sola y sonriente en la oscuridad.

Nadie me mirará y pensará, si ve mi sonrisa, que acabo de compartir la cama con un extraño, y que el pago son los francos que llevo en mi pequeño bolso de mano. Sonrío porque la verdad está de mi parte, porque mi verdad es solo mía, y en ella no importa cómo me gane la vida; solo importa que mi hijo no se muere de hambre ni pasa frío, que cada semana estoy un poco más cerca de conseguir los ahorros que necesito para montar mi propio negocio, un negocio honrado y seguro, y que esta noche podré abrazar a mi hijo de nuevo.

Cuando llego a casa y enciende la luz, ¿alguien la verá desde la calle e imaginará...?

Şahin



Puede que las lágrimas se hayan congelado para siempre. O quizá se evaporaron por las llamas de la guerra, hace mucho, mucho tiempo, cuando todavía era demasiado inocente para dormir en la calle, para robar o pelear.

No importa por qué. El caso es que hoy no lloro. Incluso si busco en mi interior, si intento encontrar una forma de hacer desaparecer el vacío que crece en mí desde hace una semana, no encuentro nada que llorar. No hay lágrimas.

Me siento así, frío y un poco desconectado de la realidad, desde que dos gendarmes se presentaron en Bois-le-Roi para darnos la noticia.

No es difícil ver a la policía por allí. Nuestros chicos se meten en problemas muy a menudo, y conocemos a los gendarmes de la zona más de lo que nos gustaría. Pero aquel día la visita fue diferente. No se presentaron con esas miradas serias llenas de reproche, esas que dicen: «No estáis haciendo bien vuestro trabajo y os queremos lejos del distrito». No. Esa vez no había deje de superioridad o ademán autoritario; solo una sutil indiferencia, un poco nublada por la culpabilidad, por el respeto o, quizá, por la compasión.

No hablé con los gendarmes personalmente. Lo hizo el

director, y fue él quien me dio la noticia después, quien me dijo que Hasret había muerto.

Ni siquiera tuve tiempo para llorarla aquel día. Después del golpe inicial, lo único que se me pasó por la cabeza es que debía encontrar a Murat antes de que lo hicieran los gendarmes. No me atreví a preguntarles por él; si aún no habían reparado en el niño, cosa improbable, no quería ponerlos sobre aviso. Comprendí enseguida que Hasret probablemente no tuviese un testamento en el que hablase de lo que pasaría con Murat en caso de que ella falleciera, y supe que si encontraban al niño se lo llevarían a un hospicio. Desde la guerra, todos están desbordados. Hay pocos recursos, poco personal y poco espacio. Ningún hospicio de Francia era un buen lugar para que se criara un niño.

No podía permitirlo.

Así que fui hasta la casa de Madame Bonnet y solo volví a respirar cuando descubrí que Murat seguía allí. Al parecer, ella se había dado cuenta de lo mismo y cuando los gendarmes fueron a preguntar por el niño había fingido no encontrarse en casa.

Aquel día me lo llevé conmigo.

Hacia solo unas semanas que estábamos ayudando a Hasret. La casa de acogida para jóvenes delincuentes en la que trabajo se encuentra en Bois-le-Roi, en el distrito de Fontainebleau y a unos cincuenta kilómetros de París, y aunque Hasret no fuera exactamente una delincuente ni tampoco viviese cerca, necesitaba tanta ayuda como cualquiera de aquellos chicos.

Nuestro director fue mi protector. Él me encontró cuando salí del penal de La Santé, y fue quien me ayudó a cambiar y a deshacerme de todo lo que me hacía daño; a desterrar de mi vida todo lo que era peligroso. Él me enseñó que ser educador para hacer por otros lo mismo que él había hecho por mí podía ser mi vocación; por eso me convertí en el protector de otros muchachos y decidí también ayudar a Hasret.

El director es un buen hombre, y aunque ella no cumpliera el perfil para recibir la ayuda del centro, accedió a darle algunos francos al mes y a dejar que yo le llevara comida un par de veces por semana. Como Hasret no tenía familia, los gendarmes decidieron avisarnos a nosotros de su muerte.

Creí que ese gesto lo cambiaría todo, pero, al parecer, nada de lo que hicimos sirvió para evitar que hoy esté aquí, vacío y roto, sin lágrimas.

El cielo plomizo amenaza con quebrarse en cualquier instante y descargar la lluvia sobre nosotros mientras el sacerdote lee los salmos. No sé si Hasret habría querido un funeral cristiano, pero esto es lo que hay; esto es lo que ocurre cuando la muerte llega sin avisar. No hay tiempo de preguntar.

Estamos en un cementerio triste; más triste de lo normal, si es que eso es posible, o a lo mejor es que lo veo todo un tono más oscuro desde que Hasret murió.

Hay una valla de madera negra que bordea el recinto y un árbol que no debería estar desnudo en esta época del año. Puede que se haya contagiado de la tristeza que empaña el lugar. Puede que también esté muerto.

Soy capaz de contar las personas que hemos venido a despedirnos con los dedos de una mano. Madame Bonnet está aquí. Es la anciana vecina de Hasret, aunque para ella era mucho más que una simple vecina. Sé que ella quiere a Murat como si fuera su nieto, y probablemente quisiera a Hasret como si fuera hija suya. Se limpia las lágrimas con pulcritud mientras escucha atenta al sacerdote y asiente cada vez que dedica unas palabras bonitas para la joven difunta.

Mi protegido, Gavin, y mi compañero del centro, Ditry, están a mi lado. Ambos han querido acompañarme. Sé que Gavin lo hace por lealtad; le cuesta separarse de mí. Ditry, en cambio, aún no sé muy bien por qué está aquí. Se supone que es un joven reformado, igual que yo, y que tiene a varios chavales a su cargo igual que yo tengo a Gavin y a los demás, pero siempre le ha gustado ir por libre. A veces parece que



todo le resbala, aunque ha demostrado en más de una ocasión que puedes contar con él cuando lo necesitas. Puede que esta sea una de esas veces. Quién sabe. Es difícil saber por qué hace las cosas que hace.

El sacerdote aún está leyendo cuando tres figuras aparecen en el sendero. Ascienden por la colina, desde el camino empedrado, con premura, y se detienen justo frente a nosotros, al otro lado de la tumba de Hasret.

Son tres mujeres vestidas de negro, con expresiones serias, que miran a su alrededor preguntándose dónde está la gente.

Solo una, la de la derecha, no parece sorprendida por las pocas personas que hemos venido hoy a despedirnos. Es, sin embargo, la que más hundida parece, como si cargase con un peso enorme sobre los hombros.

Se limita a mirar la tumba, la tierra fresca sobre la que aún no crece nada, y la lápida en la que reza un discreto epitafio que Ditry lee en voz alta, para que lo escuche: «Hasret Şahin, amada madre y amiga. Luchadora y libre».

Dudo mucho de que ella se sintiera libre cuando murió, que se sintiera libre uno solo de los días que intentaba sobrevivir en París, pero me gusta que tenga una lápida. El centro no podía correr con los gastos, y cuando el director me lo dijo lo entendí: honrar a los muertos está bien, pero no a costa de dejar que un chico anduviese descalzo por ahí. A Hasret le habría horrorizado la idea de que un trozo de piedra privara a un niño de unas botas sin agujeros.

No sé quién ha pagado la lápida, pero se lo agradezco, porque creía que acabaría en un frío agujero. Quienquiera que se haya encargado de ella conocía a Hasret, pues rara vez usaba su nombre real. En su documentación aparecía el nombre de «Sarila Avci». Hasret era su verdadero nombre, uno que se había negado a olvidar, y Şahin... desconocía que ese fuera su apellido real.

Ahora, al menos, Murat tendrá un sitio al que venir a llorar

cuando crezca. Ya no encontrará un trozo de tierra, una cruz de madera y un nombre grabado a cuchillo. La piedra dura más.

—Esa de ahí es Nadine Marchant —le escucho decir a Ditry, que se inclina un poco sobre mí para que los demás no nos oigan.

—No sé quién es —replico, sin interés.

—Trabajó para la Resistencia desde el cuarenta. Hacía de enlace, ocultaba soldados y fundó *Le Libéré*. Es la directora. La de su derecha es su hija; dicen que tuvo una aventura con el hijo de un general alemán. A la otra no la conozco.

Ditry siempre sabe esas cosas: es observador. Es el primero en enterarse cuando uno de nuestros chicos se mete en un lío, y es el primero en decir a dónde debemos ir a rogar para librar a alguno de ellos del penal.

Vuelvo a mirarlas. Había oído cosas sobre esa mujer, sobre la directora de *Le Libéré*. Fue un diario clandestino durante la ocupación nazi y ahora es prensa progresista, reivindicadora. Ha tenido más de un problema con la censura y ella misma ha sido objeto de numerosos rumores y escándalos en los últimos años.

No es una mujer muy alta, pero los tacones que lleva, y que se le clavan un poco en la tierra, hacen que le saque una cabeza a la chica que tiene al lado. Es rubia, de aspecto jovial y gesto dulce. Su mirada, en cambio, transmite algo distinto: es oscura y un poco fría, casi dura. Está completamente erguida mientras sostiene un paraguas para protegerse de la llovizna, y posee cierto aire aristocrático y regio que impone respeto.

A su izquierda hay una chica de piel oscura, pelo rizado y negro, y expresión afligida. Podría pensar que se trata de una criada, pero por la ropa que lleva eso sería imposible. Viste igual que ellas. Las prendas son de la misma línea elegante, y su peinado está igual de arreglado, así que no es del servicio.

La que está al otro lado debe de ser la hija de Marchant.

Incluso si Ditry no lo hubiera dicho, salta a la vista que están emparentadas. Parece algo más baja de estatura, quizá porque no lleva tacones, pero la expresión es la misma, igual de distinguida y formal. Sujeta el paraguas con una mano enguantada mientras contempla el ataúd y se esfuerza por mantenerse entera.

De pronto, como si hubiera sido consciente de que la he estado mirando todo este tiempo, alza el rostro hacia mí y sostiene mi mirada. Hay algo en sus ojos distinto a la dureza de los de Nadine. Es algo más cálido, más intenso... quizá desafío.

No aparto los ojos enseguida, sigo mirándola unos segundos, porque sencillamente no me importa lo que pueda pensar de mí. Últimamente hay pocas cosas que me importen de verdad.

Tiene el pelo largo, y lo lleva suelto sobre un hombro, sin recogidos ni peinados ostentosos. Sencillo y natural. Es castaño, casi rubio, y se aclara un poco en las puntas que se retuercen hacia arriba, rizándose sobre su pecho.

—¿Qué hacen ellas aquí? —le pregunto a Ditry.

Él se encoge de hombros y sacude la cabeza.

—¿Conocían a Hasret?

—¿Te parece que sean la clase de personas con las que Hasret pasaría las tardes? —contesto, y sueno un poco más cortante de lo que pretendía.

Ditry, sin embargo, no se molesta. Necesita mucho más para molestarse. Además, incluso si acabáramos discutiendo a puñetazo limpio, y no sería la primera vez, al día siguiente se le habría olvidado. Se limita a sacar un cigarrillo del bolsillo y a maldecir cuando la lluvia le impide encenderlo. Madame Bonnet, que también ha sacado el paraguas, se gira hacia él con una mirada de reproche, pero Ditry no se da por aludido.

El cura termina de hablar, y Madame Bonnet le da las gracias, emocionada, antes de que se marche para dejarnos a los siete a solas frente a la tumba de Hasret.

Gavin me mira, esperando que dé el siguiente paso, y yo me pregunto cuál es, qué debo hacer ahora. Me quedo mirando la tumba, la lápida que no sé quién ha pagado, y las flores que hemos robado en un jardín porque no tenemos dinero para comprarlas.

No me ha gustado hacerlo delante de Gavin, pero Hasret se merecía unas flores, y cuando el ladrón roba por necesidad puede ser perdonado. O eso dicen.

Me doy cuenta de que una de las jóvenes, la hija de Marchant, se ha acercado a Madame Bonnet. No distingo qué dicen, pero ambas parecen muy conmovidas mientras ella acaricia la mejilla surcada de arrugas de la anciana.

También llora, desconsolada, e intenta limpiarse las lágrimas en vano. Pienso que a mí también me gustaría poder llorar, no haber gastado todas mis lágrimas ya y haber guardado algunas para este momento, para la muerte de una mujer demasiado joven, de una madre que deja huérfano a un hijo y de una amiga a la que jamás volveré a abrazar.

Pero no puedo llorar. Es como si fuera imposible, como si ya no me estuviera permitido.

En algún momento del camino, las lágrimas dejaron de salir, y ya no sé cómo recurrir a ellas para sacar fuera algo que arde dentro de mí.

Cuando acaba el funeral, Gavin, Ditry y yo acompañamos a Madame Bonnet hasta su apartamento. No hablamos mucho. Tan solo Ditry, como si fuera incapaz de soportar el silencio, intenta llenarlo con comentarios banales que yo agradezco profundamente. Agradezco que quiera aportar un poco de normalidad en una tarde que parece tan irreal.

No entramos al portal que tantas veces he cruzado para ver a Hasret y a Murat. Nos quedamos en la calle, unos instantes, hasta que comprendemos que es el momento de volver a Bois-le-Roi. Hemos venido en bicicleta; en el centro hay unas cuantas que compartimos. Pero, aun así, hay más de

tres horas hasta allí, y si queremos llegar antes de que anochezca debemos partir ya.

Sin embargo, Ditry decide quedarse.

—Tengo recados que hacer —me explica, un poco más serio que de costumbre.

Miro a Gavin de reojo y asiento cuando comprendo de qué puede estar hablando. Es mejor que el chico no se entere. Aunque lo que Ditry se traiga entre manos sea por una buena causa, no conviene que le enseñemos a tomar atajos.

\* \* \*

Es tarde cuando entramos al centro. Le digo a Gavin que se dé prisa y baje al comedor antes de que terminen de servir la cena, y yo voy directamente a las cocinas.

Murat está allí, entre los brazos de una de las cocineras, mientras intenta calmarlo y él llora a todo pulmón.

—Perdona. El camino de vuelta ha sido más largo de lo que esperaba —me excuso, y me apresuro por coger al niño.

—Ya, ya... No te preocupes. Hemos ido un poco más lentas en la cena, pero esos muchachos pueden esperar —contesta, quitándole importancia—. Apenas ha dejado de llorar en toda la tarde. Me extraña que todavía conserve fuerzas para hacerlo.

El pequeño sigue llorando, cada vez con menos intensidad, mientras se aferra a mi camisa y clava sus menudos dedos en ella.

Tiene los ojazos azules de su madre, enormes en una cara tan pequeña y redonda. Su pelo es negro, tan oscuro como la noche sin luna, y su piel es del color del caramelo.

Cojo una manzana de un frutero y me niego a cenar cuando las cocineras me regañan por no comer algo más. No tengo estómago para comer, y meter esta manzana en mi cuerpo ya supone todo un esfuerzo.

Cuando por fin llego a mi cuarto, acuesto a Murat en el

cuco que trajimos de casa de Hasret y espero hasta que deja de llorar para sentarme en la cama y obligarme a tomar la manzana.

Murat se ha tranquilizado. Se ha acostado de medio lado y me mira con los ojos rojos, hinchados, y las mejillas sonrosadas.

Añora a su madre porque hace mucho que no la ve. No sabe lo que ha ocurrido, pero sí siente su ausencia. No entiende nada y a mí me duele no poder explicárselo, porque yo tampoco lo entiendo.

Es imposible entender nada.

Es bastante más tarde cuando alguien llama a la puerta con suavidad y abro para descubrir a Ditry al otro lado.

Sus manos están frías cuando me tiende un sobre. Debe de acabar de llegar de la calle.

—Toma. Ya está todo.

—¿Cuánto te ha costado?

Se encoge de hombros, despreocupado.

—Solo un favor —contesta.

Abro el sobre y saco los documentos que hay dentro. No hay nada en la partida de nacimiento que la haga parecer falsa.

—Pero es la última vez que lo hago. —No es una advertencia, ni un reproche.

Hay remordimientos en su voz por haber tenido que volver a viejas costumbres. Yo también odio habérselo pedido, pero esta era nuestra única opción si queríamos conservar a Murat con nosotros.

—Cuento con ello.

Antes de llegar a Bois-le-Roi, cuando todavía era un chaval, Ditry estuvo trabajando para un hombre que se dedicaba al contrabando, y cuando descubrió en qué situación estaba Murat se ofreció a arreglar sus papeles a través de uno de los contactos que hizo durante esa época.

—Te debo una —le digo, agradecido, mientras le oprimo el hombro.

—Ya lo creo que sí —contesta, y me da un par de palmadas afectuosas en el hombro antes de echar un vistazo dentro, donde Murat ya se ha dormido, y desaparecer por el pasillo a oscuras.